

lidad del principio de la conservación y la transformación de la energía en todos los niveles materiales, la constancia de la entropía en las proximidades del cero absoluto de temperatura y la curvatura del tiempo. Este análisis permite señalar, a la vez, las inconsecuencias que se cometen al establecer generalizaciones sobre bases insuficientes. Todo esto lleva al Dr. Bunge a sostener su afirmación final de que la coincidencia entre el tiempo transcurrido desde el comienzo de la expansión del universo —aceptando que esto se compruebe— y el tiempo pasado desde la formación del sistema solar y desde el inicio de la desintegración atómica radioactiva, únicamente sugiere el hecho de que hace unos 4,000.000,000 de años el universo sufrió un cambio en su estructura y empezó así una nueva etapa en su existencia eterna. Por lo tanto, el título mismo de la obra —*La edad del universo*— indica simplemente un problema que se resuelve negativamente, puesto que aquello que es eterno no tiene edad.

ELI DE GORTARI

*Filosofía y Lenguaje*, por Antonio Gómez Robledo, Imprenta Universitaria, México, 1956.

Este trabajo del ilustre pensador Antonio Gómez Robledo es su discurso de recepción como individuo de número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española pronunciado el día 14 de diciembre de 1955. Como apéndice en el mismo volumen aparece la contestación del Lic. Agustín Yáñez a dicho discurso.

Este estudio está dedicado al problema último de saber si el lenguaje humano como tal es o no capaz, y en qué medida, de traducir el pensamiento filosófico.

Partiendo de una metafísica y de una antropología filosófica, cree Gómez Ro-

bledo que se puede llegar a la conclusión de que entre el hombre y el resto de la creación hay un abismo inzanjable por la evolución; y consiguientemente se puede llegar también a afirmar que el lenguaje humano es un atributo exclusivo de la especie, consistente en ser vehículo de transmisión de lo que el entendimiento sea capaz de aprehender en el acto ideatorio. A igual conclusión entiende que se llega a través de los análisis efectuados por ciencias tan rigurosamente empíricas como la etnología, la antropología, la lingüística comparada y demás disciplinas auxiliares. Mientras que la expresión fonética de los animales, incluso de los monos superiores, tiene sólo la función emotiva, en cambio el lenguaje humano cumple además otras dos funciones: la indicativa y la representativa; y esta última se extiende de la mera representación literal, imitativa, a la analogía y al símbolo.

Ahora bien, una cosa es la adecuación entre pensamiento y lenguaje y otra cosa muy distinta es saber: primero, si el entendimiento es capaz de alcanzar lo que tradicionalmente se ha propuesto alcanzar la filosofía; y segundo, si suponiendo posible lo anterior, puede el fonema articulado traducir, y hasta qué punto, esa última experiencia ideatoria. Para decidir sobre ambos extremos... es menester inquirir en las últimas raíces del ser y del pensar.

Si la filosofía fuese solamente un propósito de articulación metódica de las ciencias particulares, o la formulación de hipótesis categoriales que hacen posible *a priori* la ciencia misma, el problema sería menos difícil. Pero la filosofía es fundamental y esencialmente metafísica.

Discurre el doctor Gómez Robledo sobre la analogía del ser —sin decidir sobre la muy difícil cuestión en el seno de la escolástica de a qué clase de analogía pertenece la analogía del ser—, limitándose a afirmar que “la razón

significativa debe darse verdadera e intrínsecamente, sea por atribución, sea sólo por igualdad proporcional... , pues de otro modo sería imposible la predicación por analogía en el discurso metafísico”.

Si “en el principio era la Palabra” quiere decir con esto que en el fin también, y que en el fondo de todas las cosas está asimismo la palabra: “una estructura inteligible, un logos que la inteligencia —la cual por su parte es también logos— ha de desvelar en la abstracción ideatoria, intuyendo de este modo la verdad y profiriéndola”.

La realidad, tanto la humana como la extrahumana, es decantación abisal de la primera Palabra, es toda ella, por lo menos en principio o de derecho, radicalmente inteligible, desvelable, racional, como imagen o vestigio que es de la Razón primera.

Constituye una de las mayores proezas de la inteligencia humana la de haber hecho de éste nuestro pobre lenguaje terreno un instrumento capaz de expresar con sentido las realidades supremas y arcanas.

Con palabras del uso cotidiano, Platón y Aristóteles forjaron el mundo maravilloso de lo intemporal y de lo eternamente válido, o, mejor dicho, nos dieron la llave para franquear el acceso a ese orbe en cuya contemplación radica la felicidad más propia del hombre.

Después de haber ponderado las grandezas de la palabra, reconoce el autor, por otra parte, las miserias del lenguaje filosófico. Las palabras solas no pueden consumir el acto de la posesión espiritual. La filosofía es, como decía Platón, una lucha de gigantes por el ser; es la resolución de conquistar la analogía existencial entre el espíritu y las supremas realidades espirituales, a fin de que la mirada interior pueda abrirse al piélago infinito de la analogía del ser.

La última parte de este estudio se refiere al estilo filosófico. Respecto de este punto proclama “la indiferencia

dominadora del espíritu sobre sus medios expresivos. Lo verdaderamente importante y decisivo es fecundar el alma del oyente o del lector a fin de que trascienda... el nombre, la definición y el concepto, y pueda por sí mismo alumbrar y decir su verbo interior...”; para tal fin pueden servir indefinidamente el diálogo, el ensayo o el tratado. Lo importante es que “el estilo filosófico sea siempre directo y dramático, entiéndase bien, de un dramatismo intrínseco, de fondo, es decir, que haya ideas vivas y contrapuestas entre sí, en tensión a la par antagonica y complementaria”.

El autor favorece el enriquecimiento progresivo del lenguaje filosófico merced a la introducción de nuevos términos y conceptos, que, en su primer momento, pueden parecer metáforas osadas. Esto debe ser así porque es necesario verter intuiciones inéditas en vocablos dispuestos originariamente para otros usos.

Sin embargo, la metáfora no es el medio exclusivo de expresión filosófica. “El concepto, no obstante todas sus imperfecciones, es, con todo, la vía normal de acceso a la intuición intelectual o del ente verdadero e inteligible.”

Este trabajo del doctor Gómez Robledo constituye una valiosa contribución al esclarecimiento de su tema desde el punto de vista profesado por el autor, el de la filosofía escolástica, con algunas nuevas iluminaciones extraídas del pensamiento moderno.

LUIS RECASÉNS SICHES

*The Impasse in Ethics and a Way Out*, por Brand Blanshard, Howison Lecture. University of California Press, 1955.

Este pequeño folleto, no mayor de veinte páginas, es una de las exposiciones más claras de la situación pre-